

# LA MUERTE

---

*Ego sum resurrectio, et vita: qui credit in Me, etiam si mortuus fuerit vivet: et omnis, qui vivit, et credit in Me, non morietur in aeternum.*

Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en Mí, aunque hubiese muerto, vivirá: y todo aquel que vive y cree en Mí, no morirá jamás.

SAN JUAN, CAP. XI VERSS. 25 Y 26.

Dios solo vive.-Dios solo es grande.-Dios solo es fuerte.-Dios  
es nuestra esperanza.

---

## ORACIÓN FÚNEBRE

pronunciada, en el aniversario XVII de la muerte de  
S. M. el Rey D. Alfonso XII (q. e. p. d.),  
en la Iglesia del Buen Suceso de Madrid,  
el día 25 de Noviembre de 1902.

Oficio de Pontifical el Excmo. Sr. D. Jaime Cardona y Tur, Obispo de Sión, Pro Capellán Mayor de S. M. y Pro-Vicario General Castrense; y asistieron: el Excmo. Sr. Duque de Sotomayor, Mayordomo Mayor de Palacio, en representación de S. M. el Rey; los Emms. y Rmos. Sres. Cardenales, Arzobispo de Toledo, Arzobispo de Santiago y Obispo de Barcelona; el Excmo. Sr. Obispo de Madrid-Alcalá y el Ilmo. Sr. Obispo titular de Arqueláida.



### Excmo. Señor:

**U**PTO DISSOLVI.... (1) Porqué? La vida del hombre sobre la tierra es una milicia y (2) queremos que termine la guerra para entrar victoriosos en la mansión de la paz y ceñirnos los laureles de la gloria. El navegante suspira por el puerto; el esclavo siente constantes afanes por el momento de la libertad; el preso espera, con las ansias con que se espera la salvación, el instante de ver abiertas de par en par para él las puertas de la cárcel. Dios no nos hizo esclavos: nos hizo libres.

Jamás hemos visto que el encarcelado abraza con efusión sus cadenas; nunca el náufrago desdenó la tabla salvadora; ni el navegante durmió tranquilo sin el norte que le dirige al término de su viaje; ni el extraviado entre las arideces del desierto, buscó el reposo sobre las ardientes arenas. Desterrados, sentimos la nostalgia de la patria; náufragos, nos alienta, para no sucumbir, el madero santo de la Cruz, que nos tiende, para que nos salvemos en él, la caridad de Dios; presos, anhelamos romper las cadenas que nos retienen en el cautiverio, para aspirar las anras benditas de la libertad en Dios, de donde salimos y á donde vamos.

(1) Coarctor.... desiderium habens dissolvi, et esse cum Christo. (Ad Philp I, 23).

(2) Militia est vita hominis super terram. (Job, VII, 1).



*Cupio dissolvi*.... Y si, desgraciadamente, no lo queremos, es porque no somos dignos de nuestra patria; por que hemos perdido la razón; pues solo el loco puede despreciar la mano que va á librarle del naufragio; solo el cobarde se entrega á los desfallecimientos del cansancio en las aterradoras llanuras del desierto; solo el degradado se identifica con la esclavitud y vive en ella como en su centro.

Si tenemos tranquila la conciencia, brotarán á nuestros labios aquellas dulcísimas palabras: «*Cupio dissolvi*,» expuestas de la manera más tierna y más sentida en aquellos suavísimos renglones de la mística Doctora.

Ay qué larga es esta vida!  
 qué tristes estos destierros!  
 esta cárcel y estos hierros,  
 en que el alma está metida!  
 Solo esperar la salida.  
 me causa un dolor tan fiero  
 que muero porque no muero.

Esó es la muerte. No hay, pues, que recibirla con el saludo del poeta: *pallida mors*.... Viene entre nubes de hermosos colores; va á rodearnos de nimbos purísimos de luz; hace que resuenen en nuestros oídos armonías celestiales: «*Ánimos, alma cristiana: no temas abandonar el destierro*....; alza la vista....; la luz de la Patria te inunda en claros resplandores....; no temas, no temas que tu cuerpo baje á la tumba; mas allá de la tumba ya no tendrás congojas, ni habrá para ti luto, ni clamores de pena, ni dolor de ninguna clase (1).... *Ánimos, alma cristiana: vas á salir de este mundo, obediente á la voz de Dios Padre que te espera, que te espera para coronarte de gloria*

(1) Et absterget Deus omnem lacrymam ab oculis eorum: et mors ultra non erit: neque luctus, neque clamor, neque dolor erit ultra.... (Apocalyp. XXI, 4.)

por los méritos de Jesucristo.... *Dudas? Dejas* (por unos años solamente) á tus padres, á tus hijos, á tus hermanos, á los amigos que hicieron tuyas tus alegrías, que lloraron contigo en las horas amargas de la tribulación? Y ¿qué importa? Tu Padre, el Dios que te ha criado, te llama á su seno; los coros celestiales templan sus lirás para saludarte pronto; tus hijos tienen una Madre solícita, la más solícita, la más cuidadosa de las madres.... Qué temes? Tus culpas? Ya las lloraste y Dios borra los pecados y limpia las manchas de los penitentes, con el agua purísima de su misericordia (1).

Ánimos!, alma cristiana: que la sangre de Jesús haga que hoy mismo descanses ya tranquila; que tengas hoy un sitio en el país de la paz, que tengas pronto tu morada en la celestial Sión (2).»

Tras de la muerte se abren á nuestra alma los alegres horizontes de nuestra Patria....; la muerte trae en sus manos para el justo las llaves de las puertas de la vida.... Aquí abajo nada hay grande, nada hay duradero: allá arriba nos espera Dios, Dios que es el solo grande, Dios que es la vida, Dios que es nuestra legítima esperanza....

Alma mía: Sube, sube hasta el cielo.... Allí está tu Dios.... De la esencia de Dios, que es la fuente de la luz, vienen á ti centellas fulgentísimas que vivifican y alumbran tu inteligencia para que aprenda á desprenderse de

(1) ....qui secundum multitudinem miserationum tuarum peccata deles et praeteritorum criminum culpas venia remissionis evacuas.... (Recomendación del alma; oración primera).

(2) Hodie sit in pace locus tuus, et habitatio tua in sancta Sión. (De la recomendación del alma).

las cosas terrenales, meditando esta verdad: *El corazón del hombre estará satisfecho solamente cuando posea á Dios.*

La unión con Dios! He aquí, Señores, el término de nuestros anhelos. Separados de Dios, somos peregrinos, desterrados, navegantes.... Como al peregrino, nos faltan las dulzuras del hogar y nos acongojan las inclemencias del tiempo; como al desterrado, nos inquietan los afanes de respirar los aires de la patria; como al navegante, nos llenan de congojas los temores del naufragio. Campo sembrado de espinas, inmensas llanuras de aridez y de esterilidad, mar agitado es para nosotros la vida. Y quien pone sus tesoros donde el ladrón pueda alcanzarlos?, dónde la tempestad pueda esconderlos en las entrañas de los mares? Qué locura exponer el corazón á las zozobras y á las inquietudes! Nuestro tesoro esclaviza nuestro corazón (1); por eso, como el corazón tiende á lo alto, en lo alto debemos tener nuestro tesoro: allá arriba no hay peligro de que se pierda, no hay peligro de que puedan arrebatárnosle (2).

La Unión con Dios es nuestro anhelo. Para que el alma realice esa santa aspiración, tenemos que caer al golpe de la muerte.... ¡La muerte es el puente entre la tierra y el Cielo!.... Emociones de alegría deben agitar nuestro corazón, cuando repitamos lo que con miedo escribió el poeta:

....aequo pulsat pede  
cavernas pauperum, regumque turres.

Señores: el más allá nos sonríe: aquí abajo nada hay duradero.

Os suplico benevolencia.

(1) Ubi enim est thesaurus tuus, ibi est et cor tuum. (Math. VI, 21).

(2) Thesaurizate autem vobis thesauros in coelo: ubi neque aerugo, neque linea demolitur; et ubi fures non effodiunt nec furantur. (Math. VI, 20).

I.

*Excmo. Señor:*

Dios es la vida!.... Dios solo es fuertel!....

De tres distintas muertes nos hablan los libros Santos de la muerte del cuerpo, de la muerte del alma y de la muerte á la vez del alma y del cuerpo. El cuerpo muere, cuando el alma que le dá vida le abandona y el cuerpo cae, que es lo que significa la palabra *cadáver*. Consiste esta muerte, dice el Apóstol, en que este cuerpo, que es la casa terrestre que Dios nos dá en este mundo, se disuelve (1). El alma muere, cuando queda abandonada de Dios de quien recibe la vida, como el cuerpo la recibe del alma; abandonada de Dios, abandona á su cuerpo, porque entonces ni el alma vive de Dios, ni el cuerpo vive del alma. Las terribles consecuencias de esta muerte son irreparables; esta muerte es eterna. De ella decía Jesucristo: No temáis á los que pueden matar el cuerpo, pero no al alma; temed á Aquél que puede echar en el infierno al alma y el cuerpo (2).

Los mismos libros santos que nos hablan de estas tres clases de muerte, nos dicen cual fué su origen y nos hacen la historia de su primera aparición sobre la tierra. Pecó Adán y en el mismo momento, su alma perdió su vida que era Dios de quien fué abandonada; murió el alma (3) y el cuerpo quedó sujeto á una muerte futura pero necesaria; y el hombre se hizo acreedor también á la muerte eterna del alma y del cuerpo, si con sincera pe-

(1) Terrestris domus nostra dissolvitur (2<sup>a</sup> ad Corint. V. 1).

(2) Timete eum qui potest et animam et corpus perdere in gehennam (Math. X, 28).

(3) In quacumque die comederis, morte morieris. (Genes. II, 17).



nitencia no la evitaba. Adán sintió en su conciencia los extragos que la muerte había causado en su alma, y vio presentarse á su consideración la muerte del cuerpo con los más dolorosos caracteres: Abel, justo é inocente, fué víctima de la maldad de Cain.

Entre las tres muertes de que venimos hablando, hay una diferencia esencial: la del cuerpo es inevitable (1); las otras dos podemos evitarlas (2); porque son bienaventurados los que mueren en el Señor (3). La muerte del cuerpo es inevitable. Todo lo que rodea al hombre, se le presenta con el sello de la mortalidad: las flores se abren frescas en la mañana, se marchitan al medio día y caen sus hojas en la noche; los frutos sanan y se desprenden del árbol; manan las fuentes, corren los ríos y se precipitan en el mar, en donde pierden su nombre y su vida; la luna tiene sus menguantes y el sol sus eclipses y su ocaso. ¿Qué hay, exclama el Crisóstomo, qué hay en las cosas visibles que sea permanente? (4) Nada. Todo marcha, todo vuela, todo desaparece. El hombre marcha, vuela y desaparece con más rapidez aún que las cosas que le rodean: las obras de sus manos duran: él pasó como un meteoro, como una sombra. Vive poco y esto poco lo vive muriendo, siempre con la imagen de la mortalidad ante su vista; cuenta sus años por los que pasaron para no volver, por el ayer que ya no existe y suspira por el mañana que no existe tampoco y deja deslizarse el actual momento, que es el único de su vida, sin darse cuenta de que vive pensando en lo que vivió y en lo que le ha de acercar más y

(1) Statutum est hominibus semel mori, (Hebr. IX, 27).

(2) Justus autem, si morte preoccupatus fuerit, in refrigerio erit. (Sap. IV, 7).

(3) Beati mortui qui in Domino moriuntur. (Apocalyp XIV, 13).

(4) Quid visibile perpetuo manet?

más al borde del sepulcro. Y en que contradicción tan palmaria está todo esto, que es una verdad evidente, tan evidente que no admite argumentación alguna, con la lucha que el impío levanta en su corazón contra la idea de la muerte!..... No quiere morir!..... ¡Inútil empeño!

La vida no es más que un viaje por la tierra hácia la tumba, y en ese viaje se adelantan los unos para darnos la mano, y nos empujan los que vienen detrás. La tumba es el imán que nos atrae, sin permitirnos mirar á la derecha ni á la izquierda, sin dejarnos dar un paso atrás, ni hacer un alto en nuestra vertiginosa carrera.

En nuestra peregrinación atravesamos prados floridos y áridos desiertos, risueños jardines y terrenos incultos; y las fuentes y los ríos, las montañas y los valles, ni se aperciben de nuestra marcha, y nosotros pasamos para no volverlos á ver. El vivir es morir. Cada latido de nuestro corazón es un movimiento del péndulo del reloj de nuestra vida..... La actividad del espíritu fatiga y gasta las energías del cuerpo; la ociosidad enerva y consume la naturaleza: el movimiento y lo mismo la inacción aceleran nuestra muerte. Locura inconcebible! Estamos persuadidos de que hemos de morir y empleamos desvelos, fatigas, afanes y cuidados en evitar la muerte del cuerpo, que es inevitable, y nada hacemos para librarnos de la muerte del alma, que morirá ó vivirá según nosotros queramos. Cuántas veces sacrificamos el bienestar del alma por retardar la muerte del cuerpo, por conservar algo, de ninguna importancia, que creemos necesario para la vida perecedera! ¿Nuestros trabajos son para vivir? No; son para morir más despacio.

La muerte, Señores, pasea los aparentes trofeos de su victoria sobre el mundo de lo creado..... Tronos, impe-

rios, generaciones enteras, riquezas, honores, poder, sabiduría..... ¡todo ha caído á las plantas de la muerte!

..... pallida mors  
aequo pulsat pede  
cavernas pauperum, regumque turres. ....

Volved la vista atrás.... Hace diez y siete años, la muerte que nada respeta y ante nada retrocede, había escogido una víctima preciosa. España entera, temblando de aflicción en presencia de la terrible desgracia que iba á eclipsar el sol de sus ilusiones, á cubrir con los fúnebres velos de la desolación y del luto los risueños horizontes que anunciaban dias de paz y de ventura, á apagar los acentos de alegría con los amargos quejidos de la angustia y del dolor, á abrir de nuevo en el alma de los españoles las heridas que empezaban á cicatrizar, España entera, salió al encuentro del impasible fantasma, se hincó ante él de rodillas pidiendo una tregua para la funesta realización de sus aterradoros propósitos.... «Dentente! diézmanos, si te place —dijeron los generosos españoles— pero respeta al Rey! La muerte sigue su paso con glacial indiferencia.. traspone los umbrales del regio alcazar, sube las gradas del trono y toca la frente del augusto Joven que era la esperanza legitima de su pueblo. El Rey inclina la cabeza y la corona del monarca se desprende de sus sienes y ¡se rompel ¡También los reyes son mortales! ¡Solo Dios vivell. ....

Señores: Dios solo es fuerte!.... Dios solo es grande!  
Joven, animoso, lleno de bríos y de energías, valiénte como nadie en medio de los peligros, cubriéndose con la coraza de la caridad para recorrer los pueblos afli-

gidos por los extragos de la peste, paseándose, ejemplo de abnegación y de heroísmo, sobre el inseguro suelo de poblaciones ruinosas, D. Alfonso XII se había conquistado el afecto de sus súbditos y la admiración de Europa. La idea de sus deberes como Padre y como Monarca le hacia caminar firme, seguro, al fin de su sagrada misión, sin mirar á la derecha ni á la izquierda, sin volver la vista atrás, sin retroceder ante obstáculos ni dificultades. De aquel valor ¿qué se hizo? Quedan recuerdos grabados con letras de oro en páginas de laurel...., pero la realidad ha pasado y no volverá jamás.... Dios solo es fuerte! Dios solo es grande!

II

Señores: Dios es nuestra esperanza.

La idea de conseguir un fin preside todos nuestros pensamientos é informa todos, absolutamente todos los actos de nuestra vida. Es decir: siempre estamos deseando alguna cosa y vivimos con la esperanza de realizar nuestro deseo. La voluntad se mueve; un fin determinado es la causa del movimiento de la voluntad; y, para recorrer el camino que media entre el conocimiento de un fin y la posesión de este, la voluntad cabalga en alas de la esperanza. El conocer es propio de la inteligencia; el querer propio de la voluntad y el lazo de unión del conocer y del querer es el esperar; por eso el niño nada quiere ni nada espera en el periodo del desenvolvimiento de su razón. Desde que esta se abre á la luz hasta que á la luz de aquí abajo se cierran los ojos del cuerpo, ni hay ni ha habido nadie tan indiferente que haya tenido la voluntad victima de una verdadera catalepsia.



Esto equivaldría á sostener una utopía: la existencia de un supuesto racional con solas dos facultades en su espíritu. El que se dedica á registrar los arcanos de la ciencia, el que siente en el fondo de su alma el calor de la chispa del arte, el que confía sus tesoros á la fecundidad de la tierra..... ¡todos esperamos! Esperamos la feliz coronación de nuestras carreras; el conocimiento de los secretos del mundo científico; la posesión del número para dominar las maravillas del arte; los frutos de la tierra..... El humilde trabajador espera un jornal para subvenir á las necesidades de su familia; el pobre una limosna.....

Todos esperamos!

Cuando la tempestad nos arrede, esperamos la calma; cuando la oscuridad nos cubre de negro el horizonte, esperamos el rayo de luz que rasgue las nubes y deshaga las tinieblas..... cuando nos vemos oprimidos, esperamos la mano generosa que nos arranque de la opresión; cuando yacemos postrados, nuestras miradas buscan con ansiedad la mano que nos levante.....

Los pueblos, como los individuos, en medio de la tempestad, vuelven los ojos hacia el rayo de luz que va á despejarles los horizontes; en la postración, dirijen sus miradas al hombre generoso, animado, valiente, por cuyos bríos y buena voluntad esperan volver á su grandeza.....

La ira de Dios, Señores, no se si como castigo ó como prueba, dejaba sentir su peso sobre la nación española. Los vapores de la sangre, derramada en las luchas entre hermanos, y los vapores de las lágrimas que brotaron á impulso de las hambres, de las pestes y de todo género de calamidades, habían creado en esta pobre nación una atmósfera irrespirable y mortífera. Abatida, pobre, sin amparo y sin consuelo, la tierra de los héroes, se agitaba en el lecho del dolor con las supremas con-

vulsiones de la agonía. El nuevo Rey le infundió alientos vitales y en D. Alfonso XII cifró sus esperanzas. No era en vano. El alma del Rey, templada en el crisol de las contrariedades, había adquirido esa entereza y esa robustez que engendran los sinsabores y los desengaños..... Don Alfonso era un carácter y de los grandes caracteres nacen las grandes resoluciones; por eso las iniciativas del Rey, despertadas siempre por obra del deseo del bienestar de la patria, nunca fueron infecundas. La paz crea el orden; el orden engendra la armonía; la armonía hace la unión entre los miembros de una sociedad, que unidos tienden al mismo fin, sin rencores, sin rencillas, sin bastardos intereses, sin miras personales, buscando, como único ideal, el bien común, y la unión es la fuerza. D. Alfonso XII era en España el símbolo de la paz: fácil para el perdón de las injurias, caritativo hasta la abnegación, considerado para con las personas de diferentes tendencias políticas, supo hacerse querer y España le quiso. Pero ¡ay! mejor es confiar en Dios que confiar en los Príncipes. (1) Las esperanzas de España fueron desvanecidas por el soplo de la muerte. Dios solo es la esperanza.

Dios es nuestra esperanza!..... No importa que nos falten todas las cosas de la tierra: todo se nos dará allá arriba porque somos herederos de Dios. Teniendo á Dios, lo tenemos todo. Coaliguense nuestros enemigos contra nosotros, exclamaremos con Job: la confusión se apodera de nuestros enemigos porque esperamos en Dios. Debemos conservarnos fuertes, valerosos é intrépidos en medio de la rebelión de la carne contra el espíritu, sin

(1) Bonum est sperare in Domino quam sperare in principibus. (Psal. CXVII, 19).

que nos acobarde el grito destructor de las pasiones, porque, teniendo la esperanza en Dios, no caeremos vencidos por la carne. *Espero en Dios y no me arredra lo que la carne ni lo que los hombres puedan hacerme*, decía el Profeta Rey (1 y 2). El mundo nos execra? No importa; no desfallezamos: la maldición del mundo es motivo de alegría para nosotros. (3) ¡Cuánto consuelo infunde en nuestra alma esta frase del Apóstol Timoteo: *El mundo nos maldice por que esperamos en Dios...*; (4) Los enemigos de nuestra honra se confabulan para crear en torno nuestro una atmósfera de difamación y manchar nuestro buen nombre con el hábito emponzoñado de la calumnia? Dios nuestro Señor se cuidará de nosotros, Él nos sacará á flote, porque, esperando en Él, no seremos víctimas de la confusión ni en esta vida ni en la otra. (5) Que los dolores de la enfermedad destrozán nuestro cuerpo?; que los dolores muchísimo más grandes del desengaño, de la decepción y del abandono hacen girones nuestra alma y rompen en pedazos nuestro corazón? Dios nos dará consuelos inenarrables cuando vayamos á Él. Cuando las angustias y los sufrimientos de la agonía nos anuncian que muy pronto va á sonar en el reloj del tiempo la última hora de nuestra vida, abriremos los ojos del alma

(1) ...In Deo speravi, non timebo quid faciat mihi homo. (Psal. LV, 11).

(2) ...In Deo speravi, non timebo quid faciat mihi caro. (id., id., 5).

(3) Beati estis cum maledixerunt vobis, et persecuti vos fuerint et dixerint omne malum adversum vos, mentientes propter me: gaudete et exultate quoniam merces vestra copiosa est in caelis. (Math. V, 11 et 12).

(4) In hoc enim laboramus et maledicimur: quia speramus in Deum vivum. (2.ª Ad. Timoth. IV, 10).

(5) In te, Domine, speravi: non confundar in aeternum. (Himn. SS. Ambros. et August.)

á una suavísima felicidad, saboreando aquella preciosa frase de los Proverbios: *El justo espera en su muerte misma* (1), porque la muerte de los justos es preciosa en la presencia de Dios (2).

Hay que esperar en Dios que no se muda (3).

El que espera en las cosas de la tierra, siempre espera más, nunca ve satisfechos sus deseos, porque las cosas de la tierra perecen y el corazón humano se llena solamente con lo que nunca pasa, con lo eterno, con Dios.

Abandonados en la amorosa Providencia de Dios, con una total, absoluta y perfecta esperanza en sus promesas, seremos felices aquí abajo y, más tarde, felices en el Cielo!

### III.

Vanidad de vanidades son las cosas de este mundo (4); nada hay estable en la tierra. Pero en esta misma mutabilidad, Señores, habrá encantos: los encantos de la alegría, los encantos del placer, los encantos de los honores, los encantos de las riquezas! Ilusión nada más: sombras que pasan.... humo que se disipa.... cuando no copas doradas que esconden, debajo de unas gotas de sabroso nectar, amargo y mortal veneno; flores que occultan con su ropaje desgarradoras espinas....

La vida es... llanto, pobreza, pequeñez, ilusión, nada! Por eso, quien tiene luz en la inteligencia para conocer

(1) Sperat autem justus in morte sua. (Prov. XIV, 32).

(2) Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus. (Psal. CXV, 6).

(3) ...apud quem nos est transmutatio. (Jacob. I, 17).

(4) Vanitas vanitatum et omnia vanitas. (Ecles. I, 2),



el bien perfecto y ansias de poseerle en la voluntad; quien, á los vividos fulgores de la radiante antorcha de la verdad, mira las cosas de aquí abajo, sabe que el corazón del hombre, que este corazón de barro busca á Dios y camina hácia su Dios, iluminado con la luz inextinguible de la *Fe*, caldeado con el fuego ardentísimo de la *Caridad*, sostenido en los amorosos brazos de la *Esperanza*.....

Después de la ingratitud paradisiaca, hay que cerrar los ojos de la carne á la vida precedera, para abrir los del alma á la vida de la eternidad..... En el Cielo nos espera Jesucristo, para coronarnos con la corona de gloria que nos mereció su sangre..... El Cielo es nuestra Patria; en el Cielo están nuestro Padre, nuestra Madre y nuestros hermanos. Nos asombrará ahora, Señores, que la tranquilidad de conciencia suspire por el instante de romper las ligaduras del cuerpo, para que el alma, pura, libre, en alas de las buenas obras, vuele al lugar del descanso, á aquel lugar felicísimo, donde no tendremos ya ni dolores, ni tormentos, ni agonías?.....

—*Cupio dissolvi!*—debe ser la constante exclamación de los mortales!

Y no lo és, Señores, no lo es para el excéptico: ¡el excéptico teme la muerte! Cuál es el secreto del terror que infunde en su alma la proximidad del fin? No vé otra cosa que la naturaleza corpórea, lo que cambia, lo que se muda, lo que desaparece; el aniquilamiento de todo lo que compone esta vida; la espantosa catástrofe que le priva de sus bienes, de sus afecciones, de sus sentidos, de su personalidad; la terrible catástrofe que borra su forma y hasta su huella, que todo lo entrega á la desaparición final. Nada más esto? Lo que no quiso ver nunca, lo ve ahora: ante su consideración aparece

el mundo de lo desconocido; en su conciencia palpita la idea de *el mañana misterioso*, y el *tal vez* abrumador, estremece su alma con horribles y violentas sacudidas... No lo creyó antes; pero hoy, tarde ya quizá, por su desdicha, empieza á dudarle. *La eternidad..... el juicio..... la justicia de Dios.....*, el recuerdo de su vida pasada, sin méritos, sin buenas obras, le entristecen amargamente..... Ayer, atrevido, encastillado en el aparente poder de su razón, llamaba necios (1) á los que vivían conformándose con las enseñanzas de Jesucristo, y desafiaba á Dios, gritando en el paroxismo de la soberbia y de la ignorancia: «*No hay Dios!.....*, (2) *no hay más allá!..... no hay otra vida!.....*» hoy tiembla, tiembla de espanto al oír el eco fatídico de una voz aterradora que le dice: «*Y si le hay?... y si existe Dios?....., y si hay un más allá?....., y si encuentras una vida interminable tras esta vida que se está acabando para ti?*» Ayer, para el escéptico, para el impio, no había más que *tiempo* y *materia*: hoy, el espíritu dá inequívocas señales de que vive; el desgraciado agonizante, ve escrito por doquiera, con caracteres indelebles: ETERNIDAD!....., y escucha, sin descanso, en el fondo de su alma, esta, para él, imponentísima exclamación: ETERNIDAD!..... ETERNIDAD!.....

Qué dulce! qué envidiable! qué consoladora es la muerte del justo! Nada le aterra; goza de dulcísima tranquilidad: lo que tuvo lo poseyó con relación al fin; por eso no siente dejarlo: lo que espera le anima y le conforta, por

(1) Nos insensati vitam illorum aestimabamus insaniam et finem illorum sine honore (Sap. V, 4).

(2) Dixit insipiens in corde suo: Non est Deus (Psal. XIII.)

que para conseguirlo vivió pensando en ello. La muerte no hace otra cosa que ayudarle a llevar á cabo la obra de su libertad....

Para colocarnos en disposición de contemplar sin espanto la muerte, para conseguir la vida de nuestra alma ¿qué debemos hacer? Jesucristo nos pide mucho menos de lo que el mundo y las pasiones nos exigen. El mundo y las pasiones exigen que les sacrificuemos nuestra honra nuestro reposo, hasta nuestro eterno porvenir, por un relámpago de falsos goces, puesto que la vida humana no es más duradera que un poco de espuma al borde de un arroyo, flor de un día.... Jesucristo nos pide que cumplamos su ley santa que es suave, fácil y enteramente conforme á nuestra naturaleza; nos pide que le amemos, en justa correspondencia al infinito amor que Él nos tiene.

Amando á Jesús, evitaremos las dos últimas muertes y suspiraremos por la primera con el Apóstol: *Cupio dissolvi... in reliquo reposita est mihi corona justitiae.*

Señores: No hay que temer la muerte!....

Quiero morir para descansar en Ti, mi Dios, mi vida y mi todo; para descansar en Ti, Señor, de Quien esperamos bendiciones y venturas para el Rey vivo, la paz eterna para el Rey muerto y la tranquilidad para nuestras almas.

AMÉN.

## ERRATAS MAS IMPORTANTES

Página.	Línea.	Dice.	Léase.
25	6	lo que es	lo que El es:
"	16	perfecciones y atributos	perfecciones y los atributos
52	26	Míranos: Jesús	Míranos, Jesús
74	33	la felicidad	de felicidad
80	10	mas nos reuníó	más, reuníó,
		Las mejillas abrasan por los ardores del llanto?	Teneis las mejillas abrasadas por los ardores del llanto?
118	31	allí espera	allí la espera
126	26	al Cielo;	al Cielo
140	19	Dr. Descusek	Dr. Descuret
"	nota	conseguiría la razón	conseguirla con la soberbia, no con la humildad de la razón
141	2	bondad llenado la otra	bondad, llenando otra
145	4	por Voluntad	por la Voluntad
"	5	solo es	solo és
154	18	complimiento	complemento
218	4	procedencia: del amor	precedencia del amor
227	4	y la	y los
230	17	que la	que lo
242	11	Apóstol Timoteo	Apóstol á Timoteo
296	8	maledixerum bovis	maledixerint vobis
"	nota 3. <sup>a</sup>		